



Universidad Autónoma
de Madrid

Biblos-e Archivo
Repositorio Institucional UAM

Repositorio Institucional de la Universidad Autónoma de Madrid

<https://repositorio.uam.es>

Esta es la **versión de autor** del artículo publicado en:
This is an **author produced version** of a paper published in:

Babel, International Journal of Translation 64.3 (2018): 405 – 413

DOI: <https://doi.org/10.1075/babel.00045.ort>

Copyright: © 2018 John Benjamins Publishing Company

El acceso a la versión del editor puede requerir la suscripción del recurso
Access to the published version may require subscription

La ética del traductor: visible o invisible; culpable o inocente; consciente o inconsciente

Javier Ortiz García

Universidad Autónoma de Madrid

Abstract:

This article attempts to illuminate one of the most elusive aspects of the study of translation: the translator's ethic. With the exception of Lawrence Venuti's *The Scandals of Translation* (1998), few scholars have ventured in-depth studies of the subject. The study I propose is two-fold, with individual focuses on the theory and practice of translation, each analyzed from three distinct perspectives: the translator's visibility, culpability and conscience. This dual focus combined with its varying angles of analysis will lead to relatively well-defined conclusions. The theoretical element of this study is based upon scholarly opinion regarding existing constrictions on the translator's task (Lefevere, Bassnett, Lambert), and the direct influence of those constrictions upon the literary translator's process and final result. With the purpose of illustrating these theoretical suppositions, this essay analyzes a recent translation (2013) of a political essay originally written in English and later published translated in a Spanish newspaper. The detailed theoretical and practical analyses of this text will reveal the translator's performance in the case of study as well as answer the following questions: Is the translator visible? If so, why did she choose to be? Is the translator culpable or innocent in the final results of the translation? Lastly, did the translator make the decisions in question consciously or unconsciously? The ultimate objective of this essay is to provide answers to these questions therefore not only clarifying the translator's performance in this specific case but also demonstrating a translator's ethic in more general terms. And, perhaps, it can also begin the elaboration of a well-needed ethical code for translators.

Key Words: translator's ethic; Translator: visibility vs. invisibility; Translator: culpable vs. innocent; Translator: conscious vs. unconscious.

Javier Ortiz García is Associate Professor at Universidad Autónoma de Madrid. His research interests, among others, include translation theory, literary translation, and culture and translation. He is the author of *Errores de reproducción y transmisión de sentido en traducción general y especializada (inglés/árabe-español). La experiencia en el aula de la universidad* (2012), and «La traducción de textos de lingüística desde una perspectiva práctica», *Babel. International Journal of Translation* (2005). He has translated into Spanish, among others, authors like: Jane Austen, William Blake, Lewis Carroll, Joseph Conrad, Herman Melville, Edgar A. Poe, and William Shakespeare.

Contact Details: Departamento de Filología Inglesa, Universidad Autónoma de Madrid, 28048 Spain. javier.ortiz@uam.es

La figura del traductor casi siempre está bajo sospecha; y en casi ninguna de esas ocasiones la sospecha está justificada. En este artículo se analizan, tanto desde el plano teórico como desde el práctico, algunas de las cuestiones que tocan directa o indirectamente este tema espinoso (y por qué no sospechoso) y que tienen una repercusión clara en la labor del traductor. Por una parte se analizan algunos factores externos, aunque muy próximos, a la labor propia del traductor y que tienen una trascendencia evidente en el producto final; por otra, se estudian tres dualidades que afectan de manera tangible a esas actuaciones de los traductores: visibilidad vs. invisibilidad; culpabilidad vs. inocencia; y consciencia vs. inconsciencia. Con el fin de ilustrar el apartado teórico —y de complementar de manera adecuada esas reflexiones— se disecciona un extracto de la traducción de un artículo del reconocido politólogo británico Timothy Garton Ash publicada en el diario español *El País* dos días después de su aparición inicial en *The Guardian*.

Ya en las décadas de 1980 y 1990 Lefevere (1982; 1992) hablaba de cuatro constricciones (*constraints*) que mediatizan o manipulan la traducción, a saber, la ideología, la poética, el universo del discurso y el lenguaje. Estos factores que directa o indirectamente afectan el trabajo del traductor tienen que ver tanto con el texto propio que se traduce como con otros elementos externos al mismo — en palabras de Lefevere: críticos literarios, escritores de reseñas, profesores de traducción, patrones individuales, grupales o institucionales—. A pesar de que algunos de estos factores pueden llegar a ser controlados por el traductor, otros no (los externos); curiosamente, el proceso lógico se revierte y en la realidad esos factores externos pueden llegar a controlar la manera de traducir y, por extensión, a determinar el resultado y la dirección estilística (si hablamos de textos literarios) o ideológica (si son textos de índole, por ejemplo, periodística) de la traducción. Aquí encontramos la primera de las dicotomías a las que hacía referencia

arriba: culpabilidad vs. inocencia. A pesar de que para el lector habitual, no avezado en cuestiones que tienen que ver con la traducción, el “culpable” de que una traducción sea buena o mala, mejor o peor, fiel o infiel recae siempre en el traductor (más explícitamente si éste la ha firmado), en muchos de esos casos el proceso en el que se ve envuelto el traductor lo aboca a que los resultados sean un tanto “sorprendentes” para el lector. Este hecho, innegable para cualquiera que haya traducido cualquier texto, sea del tipo que sea, no es sinónimo de culpabilidad ni de inocencia. El traductor no es culpable sin más, pues al fin y al cabo se debe al cliente que le encarga la traducción y que, en último término, la paga. Sin embargo, tampoco es inocente del todo, pues a sabiendas de que lo que el cliente le pide podría quedar alejado de su propia ética, decide realizar el trabajo bajo unas condiciones que ni de lejos son las deseables para realizar su tarea. El traductor se encuentra, pues, ante una disyuntiva de difícil resolución, porque, por una parte, se debe al cliente para el que trabaja (ya sea individual, grupal o institucional, como bien señala Lefevre), y, por otra, debería rendir cuentas a su propia ética como profesional de la traducción. Este dilema latente, de muy difícil resolución en muchos casos, puede repercutir negativamente en el desarrollo y la consecución de su trabajo, como veremos ilustrado más adelante con los ejemplos seleccionados.

Esta primera dualidad esbozada tiene su continuación en la cuestión siguiente: si aceptamos que en multitud de ocasiones el traductor no es “culpable” de algunos de los resultados de su trabajo, ¿acaso es consciente de las consecuencias que su labor puede tener en el trabajo que desarrolla? La respuesta más lógica a la pregunta es que sí, que por supuesto que es consciente de las posibles perturbaciones que está causando en el texto con el que trabaja. La respuesta, sin embargo, no debería ser tan sencilla ni simplista. Quizá cuando el traductor comienza a trabajar para un cliente que le requiere traducir de una manera determinada, sea así. No obstante, si esa relación laboral se

prolonga en el tiempo, lo que sin duda es lo deseable, el traductor asimila, o ha de asimilar, por completo las características intrínsecas del trabajo que le pide su “patronazgo”, por utilizar de nuevo la terminología de Lefevere. Cabe aquí destacar que para conseguir el “estatus” (Lefevere, 1992) que convierte al traductor en un profesional que cumple con los requerimientos de un cliente, uno de los primeros pasos que ha de dar es el de adecuarse a las premisas que aquél le marca. Esto quiere decir que, con el tiempo, el traductor ha interiorizado de tal manera la “ideología” (Lefevere, 1992) de su cliente que, o bien no se percata de lo que arriba definía como “perturbaciones” del texto con el que trabaja, o bien sí que las percibe pero el nivel de asimilación, a falta de un término menos comprometedor, es tal que pasan totalmente desapercibidas, tanto para él como, lógicamente, para el lector al que se dirige. Entramos, pues, en un terreno en el que, además de la consciencia o la inconsciencia de las decisiones que se toman, aparece otro factor clave en la tarea del traductor: ¿cómo se podría combinar la ética profesional que todo traductor debería atesorar con las cuestiones que están directamente relacionadas con las imposiciones de su cliente? Formulado de otra manera (y siempre y cuando aceptemos que, aunque sea de manera sutil, el traductor es consciente de que quizá algunas de sus decisiones no se alinean con lo que es su ética traductológica, a saber, que en circunstancias diferentes, con otros clientes menos intervencionistas, el resultado de su trabajo habría sido diferente y más acorde con su propia ética) ¿por qué el traductor acepta todas esas imposiciones que pueden estar bastante alejadas de su propio bagaje lingüístico, cultural, ideológico, etc., etc.?

Siguiendo el esquema marcado al comienzo del artículo, daré, en la medida de lo posible, respuesta a esta cuestión básica con las ilustraciones prácticas.

Para concluir este breve repaso a los tres factores que pueden afectar a la actuación ética del traductor, es necesario hacer un apartado con la controvertida y un

tanto manida cuestión de la visibilidad vs. invisibilidad del trabajo del traductor. Aunque no sean conceptos exclusivos suyos, sí que fue Lawrence Venuti (1992; 1995a; 1998) quien puso sobre la mesa de los Estudios de Traducción la dicotomía que se puede trazar, como poco, a Friedrich Schleiermacher (1813/1992) y Berman (1984). Este estudio no pretende profundizar en las vicisitudes de la visibilidad del traductor, aunque sí que quiero destacar un aspecto del complejo concepto que Venuti aborda (especialmente en Venuti, 1998), que muchas veces se pasa por alto y que afecta directamente al énfasis de este estudio.

Venuti ha sido uno de los primeros (y diría de los pocos) académicos que se ha atrevido a hablar de los problemas meramente pecuniarios que afectan, casi siempre negativamente, la labor del traductor. Esto quiere decir que Venuti no sólo defiende la visibilidad “textual” del traductor, la que más se ha estudiado, sino también la comercial y la editorial; es decir, lo que el estudioso estadounidense defiende es que la labor del traductor debe verse gratificada no solamente desde el plano “intelectual”, sino también desde la visibilidad profesional que haga justicia económica y social. Aunque en la mayoría de los países de Europa estas reivindicaciones todavía están muy alejadas de la realidad que vive el traductor en los Estados Unidos, se van dando lentos pasos encaminados a la mejora de esta segunda visibilidad del traductor como figura esencial en el mercado editorial. El aspecto más destacable de estos supuestos logros, sin embargo, no debería quedar en la mera puesta en la escena literaria del traductor (algo que debería ser natural), sino que, a buen seguro, repercutiría en la afirmación de su ética y, por extensión, en la calidad de su trabajo. Quiere esto decir que si el traductor ve recompensado y valorado adecuadamente su trabajo en el plano económico y se percata de que la sociedad respeta su labor cultural como se merece, con toda seguridad pondrá más empeño si cabe en que a su siempre difícil labor no le reste ningún ápice de

profesionalidad. ¿Acaso cualquier profesional de cualquier ámbito no pone mayor cuidado en un trabajo mejor remunerado y mejor valorado por el cliente para el que trabaja? Si, pongamos por caso, la construcción de cualquier edificio de cualquier ciudad del mundo lleva la firma de un arquitecto (y de sus ayudantes), y se le remunera y se le valora entre otras cosas según su “estatus” (esto es, es visible), ¿por qué la labor del traductor ha de permanecer cuasi-invisible?

El panorama editorial en España y en Europa está cambiando en referencia al papel visible (según la acepción esbozada arriba) desempeñado por el traductor. La inclusión del nombre del traductor es obligada en la traducción de textos literarios, y en la de textos periodísticos es cada vez más frecuente encontrarla (aunque todavía de manera insuficiente). Incluso cabe aquí mencionar al respecto que uno de los últimos ingresos (2013) como miembro de pleno derecho en la Real Academia Española, RAE, es un traductor literario (Miguel Sáez). Aun así, a pesar de que un buen porcentaje de las noticias y reportajes aparecidos en, por poner un ejemplo, el diario *El País*, uno de los periódicos de referencia de la prensa española, son traducidos, sólo cerca de un 5% de esas noticias traducidas aparece con la firma del traductor. Es en este todavía estrecho nicho en el que se sitúo el texto que voy a emplear para ilustrar las tres dicotomías esbozadas en la primera mitad de este estudio.

El texto original en cuestión, “Multiculturalism in the United Kingdom”, del afamado politólogo británico Timothy Garton Ash, fue publicado en *The Guardian* el 1 de febrero de 2013. Tres días después, el 4 de febrero, el diario *El País* publicó la traducción del artículo de opinión firmada por María Luisa Rodríguez Tapia.

Veamos un párrafo, elegido al azar, del texto original y su traducción, para pasar a continuación a analizar algunos ejemplos que sirvan para completar la argumentación comenzada al principio del estudio:

<p><i>Multiculturalism is under attack. The Daily Mail runs a front page story saying “the doctrine of multiculturalism” has alienated an entire generation of young Muslims. David Cameron delivers a speech describing multiculturalism as one of five “Berlin walls of division” that we must tear down, along with extremism, poverty, uncontrolled immigration and educational apartheid. According to Cameron, Ken Livingstone has been messing up London with this ghastly ism. A conservative thinktank, Policy Exchange, and a Conservative party working group both issue reports describing multiculturalism as part of the problem for which the party claims to be the solution [...]</i></p>	<p>El multiculturalismo está amenazado en Reino Unido. El influyente periódico conservador <i>Daily Mail</i> publica en su portada una información en la que se asegura que “la doctrina del multiculturalismo” ha alienado a toda una generación de jóvenes musulmanes. El líder del Partido Conservador, David Cameron, pronuncia un discurso en el que tacha al multiculturalismo de ser uno de los cinco “muros de Berlín de la división” que debemos derribar, junto con el extremismo, la pobreza, la inmigración descontrolada y el apartheid educativo. Según Cameron, el alcalde de Londres, Ken Livingstone, de izquierdas, ha convertido la capital en un caos con este horrible <i>ismo</i>. Sendos informes de un think-tank conservador, <i>Policy Exchange</i>, y un grupo de trabajo del Partido Conservador, dicen que el multiculturalismo es parte del problema que pretende resolver. (Las palabras en negrita son mías.)</p>
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

En poco más de 130 palabras traducidas, y tras un somero análisis comparativo del original y la traducción, cualquier lector avezado encuentra varias soluciones en el texto de llegada que aparentan ser, cuando menos, sorprendentes. Algunas de ellas, tres, quedan perfectamente justificadas por las diferencias sociales y quizá políticas del lector al que se dirige el texto de Garton y la traducción, respectivamente; parece lógico, aunque en ningún caso necesario, que la traductora haya optado por “explicar” a sus lectores que el multiculturalismo del que habla el politólogo es el del Reino Unido; o que David Cameron era entonces (y sigue siendo) el líder del Partido Conservador británico; o que Ken Livingstone había sido el alcalde de Londres. Estas tres simples

soluciones, casi de manual de traducción si es que lo hubiera, parecen tratar de situar al lector en un contexto geográfico y político que, a pesar de que algún lector del texto en español podría agradecer en forma de lectura más fácil, no aparentar ser necesarias si se toma el artículo en su justa medida, a saber que los problemas de los que habla Ash son casi absolutamente extrapolables a cualquier país occidental y, por tanto, no deberían considerarse como una circunstancia aislada y propia del Reino Unido. Parece, pues, que desde unas soluciones traductológicas aparentemente inocentes se está ubicando al lector español en unas coordenadas bien determinadas de antemano por la traductora (o por el cliente para el que traduce).

Sin embargo, el resto de soluciones subrayadas en la traducción merecen una lectura más detalla y unas explicaciones desde el punto de vista de la visibilidad, la culpabilidad y/o la consciencia de la traductora.

En primer lugar, el diario *Daily Mail* del texto en inglés se convierte en “el influyente periódico conservador” en la versión española; sin pretender poner en duda que la ideología de ese diario sea conservadora, que lo es, ni que sea influyente, algo quizá más discutible e intangible, llama la atención que la traductora se atreva a tildar el diario británico con dos adjetivos tan contundentes como los que emplea en su traducción. Ni que decir tiene, que la traductora tuvo que ser consciente de que el texto inglés no emplea ningún epíteto para el *Daily Mail*; lo que parece también evidente es que la solución por la que optó tuvo que venir de un factor externo al de su propio trabajo: a la línea editorial e ideológica de su cliente (el Grupo Prisa, dueño del periódico *El País*), de izquierdas, le convenía subrayar y marcar desde el comienzo que lo que allí se expresaba era contrario a lo que su propio periódico —y se supone que sus lectores— defiende y propugna. Esta aparente “visibilidad” de la traductora, pues, no es más que eso, aparente, porque ningún profesional de la traducción es, o debería ser,

capaz de añadir por su cuenta y riesgo adjetivos tan calificativos como los que aparecen en la traducción. Parece lógico deducir en este caso que la inocencia de la traductora queda a salvo, aunque quizá no tanto su ética profesional, como veremos una vez concluidos los análisis del resto de ejemplos.

Un poco más adelante en el texto examinado, Timothy Ash hace referencia a un discurso de David Cameron como “[...] *a speech describing multiculturalism as one of five*[...]»; la traducción al español dice que “[...] pronuncia un discurso en el que tacha al multiculturalismo de ser uno de los cinco [...]». Se supone que la traductora está haciendo referencia en su texto a la tercera acepción de la entrada “tachar” del Diccionario Español de la Real Academia, en el que se dice que tachar es “Atribuir a algo o a alguien cierta falta”. Esta acepción, la última del Diccionario para esta entrada, tiene una connotación exclusivamente negativa, lo que contrasta con el uso inglés de *describe*, el verbo que se utiliza en el texto original, que, independientemente de que se quiera emplear con una u otra connotación en diferentes contextos, en principio es un término básicamente neutro. Es difícil —desde fuera— encontrar una explicación a la decisión tomada en este caso por la traductora; o quizá no tanto si tenemos en cuenta que quien hizo la declaración fue David Cameron, líder del Partido Conservador, contrario a la ideología de nuestro cliente.

En tercer lugar, unas líneas más adelante, se hace mención a Ken Livingstone, exalcalde de Londres, y se nos aclara en el texto que es de izquierdas, quizá con la intención de que el lector español ahora sí comulgue con lo que dice o hace. Llama más la atención, sin embargo, que todavía en palabras de Cameron, “[...] *Livingstone has been messing up London with this* [...]», lo que en español se convierte en la traducción en “[...] ha convertido la capital en un caos [...]». A pesar del uso informal de *mess up* en inglés, y de su sentido eminentemente negativo, parece difícil llegar a una solución

como “caos”, en el extremo del espectro del negativismo, a no ser que de nuevo el lector haga un esfuerzo por comprender que quien eso dijo fue el líder del Partido Conservador.

Por último en este apartado, hemos de hacer hincapié en el uso de dos extranjerismos en la traducción —*apartheid* y *think-tank*—, que aunque no deberían sorprender en el lenguaje periodístico en español, y, por tanto, en la traducción de este tipo de textos, en este caso no parecen inocentes del todo. Esos dos extranjerismos tienen traducción relativamente bien enraizadas en español —“discriminación” y “laboratorio de ideas”, respectivamente—, pero se puede adivinar una explicación más o menos aclaratoria para justificar el hecho de que se hayan mantenido ambos términos en la traducción. La primera tiene más que ver con el perfil del lector del periódico, que a buen seguro la traductora conoce, y que es abierto a lo que viene de fuera y que agradece los guiños extranjeros variados (al contrario de otros diarios más conservadores en éste y otros aspectos, como, por ejemplo, *ABC* o *La Razón*). La segunda explicación, la que justifica el uso de *think-tank* (sic) y del que con toda seguridad muchos lectores desconocen su significado, tiene una índole más ideológica que meramente estilística. El “laboratorio de ideas” más conocido en España, quizá el único, es el llamado FAES, presidido por el antiguo Presidente del Gobierno español José María Aznar. Quiere esto decir que es muy probable que el lector más atento que lea esa alocución —*think-tank*— haga una asociación ideológica instantánea a lo único que conoce como tal, las FAES, con lo que el propósito de la traducción menos inocente se consigue con el mero hecho de mantener la expresión en inglés.

Del análisis de los últimos ejemplos es fácil concluir con la respuesta a las preguntas que encabezan este estudio acerca de la visibilidad, la culpabilidad y/o la consciencia del traductor a la hora de enjuiciar el resultado de su trabajo. La respuesta

ha de ser salomónica, pues al traductor no le queda más remedio que asumir los dos polos de las dicotomías de las que aquí se han hablado. Por un lado, y en la mayoría de las ocasiones, el traductor (en este caso la traductora) pretende, y se supone que consigue, que su tarea sea invisible, inocente y consciente; sin embargo, no es menos cierto que hay otros factores alrededor de su trabajo —cliente y lector al que se dirige, fundamentalmente— que obligan a que su labor sea visible, no tan inocente y falsamente inconsciente. Es desde estos segundos condicionantes, desde todo aquello que queda fuera del alcance de la mano del traductor, donde surge la pregunta que seguramente no tiene una única respuesta aceptable: ¿hasta qué punto el traductor ha de olvidar su ética profesional con el fin de que no choque con los intereses del cliente o el lector para el que trabaja? No hay que olvidar que el lector percibe los mensajes traducidos como si fueran originales, hecho este esencial a la hora considerar cuáles han de ser los parámetros que uno debe seguir en su trabajo. Cabe preguntarse aquí si es del todo legítimo, en el sentido más metafórico que pueda darse al término, ofrecer al lector un producto “original” que ha pasado por tantas refracciones, por volver a otro concepto traductológico acuñado por Lefevere (1992), además de la propia que supone el trasvase de un texto de una lengua a otra.

Bibliografía

- Berman, A. 1984. *The Experience of the Foreign: Culture and Translation in Romantic Germany*. Trad. de S. Heyvaert. Albany: SUNY Press.
- Garton Ash, Timothy. “Multiculturalism in the United Kingdom”. *The Guardian* 2 de febrero de 2007. [Traducción al castellano: “Multiculturalismo en el Reino Unido», trad. de María Luisa Rodríguez Tapia, *El País*, 4 de febrero de 2007.]

- Lefevere, Andre. 1982/2000. "Mother Courage's Cucumbers: Text, System and Refraction in a Theory of Literature". En *The Translation Studies Reader*, ed. por L. Venuti, 233-249. Londres y Nueva York: Routledge.
- . 1992. *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*. Londres y Nueva York: Routledge. 1992.
- Schleiermacher, F. 1813/1992. "On the Different Methods of Translation". En *Theories of Translation*, ed. por R. Schulte. y J. Biguenet, 36-54, traducción de Waltraud Bartscht. Chicago: The University of Chicago Press.
- Venuti, Lawrence, (ed.). 2000. *The Translation Studies Reader*. Londres y Nueva York: Routledge.
- . 1998. *The Scandals of Translation: Towards an Ethic of Difference*. Londres y Nueva York: Routledge.
- . 1995a. *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- . 1995b. "Traducción, autoría y derechos de autor". *Vasos Comunicantes* 5: 82-107.
- . 1992. *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge.